

Recuérdalo, aquí estaba el lagar: la expropiación de las aguas del valle de Quisma (I Región)

LAUTARO NUÑEZ A.

Instituto de Investigaciones Arqueológicas San Pedro de Atacama
Universidad del Norte

Resumen

Este es un artículo poco habitual que sólo aspira a ser un testimonio parcialmente documentado de un episodio fiscal que a comienzos de este siglo enajenó las aguas del valle de Quisma, cerca de Pica, en el interior de Iquique. Pretende recordar que estos sucesos afectaron a una larga tradición agraria, y aunque aparentemente su dimensión fue mínima, oculta el impacto emocional del desarraigo, a la par del incremento del deterioro rural, en uno de los desiertos más extremos. Nos alerta, además, que el manejo racional de los recursos de agua sigue siendo, en términos de ecología humana, uno de los debates multidisciplinarios pendientes y más urgentes a nivel de las regiones áridas de Chile.

Abstract

This is an unusual article that only aspires to be a partially documented witness to an event at the beginning of this century, the expropriation of the water of Quisma valley near Pica. It reminds us that these events affect a long agrarian tradition although minimal they hide an emotional impact at the same time producing a rural deterioration in one of the most arid deserts. This alerts us also to the rational management of water resources which in terms of human ecology as one of the multidisciplinary areas that should be debated urgently at the level of the arid regions of Chile.

I. Los oasis piqueños y los primeros poblamientos

Estos oasis conforman un mosaico de *chacras* distribuidas en torno a vertientes y *socavones* o galerías subterráneas de captación de aguas, en una pendiente arenosa (1.300 m de altura), bajo un clima cálido, hacia donde descargan los acuíferos freáticos, dando lugar a verdaderas islas verdes en el dominio del desierto absoluto. Sin embargo, cerca del pueblo de San Andrés de Pica, el viajero encontrará muy cerca, al S.E., una quebrada seca, que desde El Salto se anuncia profunda cortando la planicie hasta pasar por las ruinas del pueblo del Valle y luego por San Antonio de Matilla, que se resiste a desfallecer, hasta drenar en Pampa del Tamarugal: es el Valle de Quisma. Este fue tan fértil como cualquier otro de los que bajan de la precordillera al Tamarugal, pero observará que ahora es inhóspito y el desierto ha avanzado sobre los vestigios de casas y cultivos, porque aquí la vida no fue precisamente un espejismo.

Los estudios arqueológicos que realizamos a lo largo de la quebrada nos permitieron conocer cómo durante los últimos cinco siglos de la prehistoria diversos asentamientos pre-incaicos, del llamado Complejo Pica-Tarapacá, se distribuyeron por los bordes altos como pequeñas aldeas, incluyendo una de cañas que domina la antigua vertiente de Chintaguay, aguas arriba de Matilla. Esta densa población había realizado obras hidráulicas de represas y canalización, dando origen a las *chacras* originales, en especial en los terrenos bajos y amplios entre Matilla y el Valle. Precisamente, el cementerio Pica-8 de esta población, situado frente a Matilla, nos enseñó que en este tramo de la quebrada se había concentrado la principal ocupación nativa junto a sus autoridades étnicas (Nuñez, 1968, Ms. Zlatar, 1984). Era en estos tiempos un valle maicero con

cultivos suplementarios de ají, porotos, calabazas, zapallos, arboledas de chañares, algarrobales y manantiales con totora, cuya producción excedentaria se movía a raíz de sus traslados tanto al litoral como hacia el altiplano a través del tráfico caravanero de llamas. Sus tumbas eran ricas en productos de la tierra junto a artesanías sofisticadas, y a juzgar por algunas ofrendas de llamas, más de un pequeño rebaño se mantenía en el fondo del valle. Ciertas tumbas con objetos de status y arreglos *pircados* señalan que esta comunidad estaba suficientemente jerarquizada, bajo la conducción de líderes étnicos, responsables de estos logros agrarios. Por supuesto que los Inkas llegaron aquí y estimularon aún más el desarrollo de los oasis.

La conquista española desde sus primeros pasos por estos vergeles neutralizó gradualmente a la población local, después de algunos brotes de resistencia. Pero con la llegada de colonos españoles desde Potosí, recién entrado el siglo xvii, tal dominio comenzó a ser económicamente definitivo. Ciertamente, el arribo de don Gaspar de Loayza y las familias que lo siguieron se localizó precisamente en donde ejercían el poder político los líderes étnicos del Valle y funda San Antonio de Matilla, en recuerdo de Umbría, tras la primera implantación de las viñas europeas, iniciándose una gradual lucha por las aguas y suelos nativos (Bermúdez, 1973; Villalobos, 1979; Núñez Ms.; Advis, Ms.). Así, desde Matilla se inició el ascenso hacia el control de la vertiente de Chintaguay, el principal recurso de regadío de todo el Valle. Con la mano de obra avasallada la labor agraria se estableció bajo el orden español con sus nuevas cepas, frutales, animales peninsulares, etc. Entonces, la actividad agraria continuó a través de un nuevo uso de los suelos, por el siglo xvi, cuando el régimen de encomiendas ya había detectado la potencialidad de estos oasis, acentuándose desde ya un compromiso vital con la fructificación del Valle. Durante los comienzos del siglo xvii los valores autóctonos y Europeos se midieron en esta aislada comarca del desierto, cuya monotonía se interrumpía cuando las festividades evocaban a España anunciando al Valle que aquí vivían y morían súbditos de Cristo y de la monarquía, al servicio de un Reino lejano representado en Matilla, pero sustentado por las aguas nativas, en un pequeño universo de haciendas y casas señoriales.

II. Las tensiones de los siglos xvi y xvii

Don Gaspar y los suyos ocuparon inicialmente el tramo entre Matilla y la Botijería, ante la expectativa de expandir sus viñas aguas arriba, donde se había protegido la comunidad india. Precisamente en el año 1656 el “Excelentísimo señor Don Juan Cauoto Gobernador y Cacique Principal del pueblo de Pica”, en representación del “común” de indios compareció con su Majestad y el Padre Fray Gonzalo Thenorio, Juez de Desagravios de Indios, para reclamar las tierras del Valle de Quisma, puesto que la presión ejercida por los hacendados españoles, en términos de “puja” y “postura”, afectaba a la sobrevivencia misma de los naturales. En verdad, la estructura jurídica, al menos en su letra, tendía a proteger la conservación de la tierra india, de tal suerte que: “puedan dejar tierras suficientes a sus hijos y demas descendientes que en adelante tuvieren con calidad que no las puedan vender o donar” (Memorial inédito en Archivo del autor). Para constatar esta situación el 4 de enero de 1659, ante el Juez referido, expuso el Gobernador Cauoto, con su segundo don Pedro Oxas, más sus Alcaldes, el siguiente discurso: “Por cuanto tenemos y poseemos nuestras tierras como consta de vista de verdad en el Valle de Quisma el cual valle era montaña y cienaga y fue tanta avenida que tendio la tierra y montañas y comenzamos a trabajar en el valle de Gramonos sustentamos sus pobres, a nuestros hijos e hijas asi viejos como viejas en dichas tierras y para no desposejir pedimos comun a vuestra paternidad desde Algarrobo de la Botijeria hasta el principio donde sale el agua...”. Se intentaba no aceptar la intromisión de: “los señores Corregidores ni sus tenientes ni curas ni los españoles ni cualquier persona que sean y asi nos queremos componer con el rey nuestro señor”... En relación al uso del agua el Memorial advierte que ésta: “corra todo el tiempo que nos toca que es tres dias y tres noches, no mas quiten y estorben los hacendados de Matilla”... Ya en esta época la propiedad vernácula estaba separada

en distintos linajes étnicos, por cuanto si bien el común se localizaba entre la Botijería a Chintaguay, aquí no se integraban a: “Miguel y Mateo Puquila y sus sobrinos en el dicho Valle de Quisma y así mismo no entran ni se comprenden en dicha composición el pedazo de monte que esta al fin de las chacras del cacique Don Juan Caucoto, que es donde esta un puquio y un manantial de agua hasta la Botijeria de Cristobal Morales, porque este dicho monte queda para varios caminos de los dichos indios”. El Cacique Caucoto canceló la composición de tierras del Valle y “se dio por contento”. Después de ocho meses se legitimó esta situación, demarcándose los límites del Común y los Hacendados de Matilla.

Por la parte española, los hacendados mantenían sus títulos de dominio entregados en Arica el año 1618, en donde se clarificó la propiedad del Común, de la Iglesia y los Hacendados específicos. Los Núñez más ancestrales ya estaban donde don Gaspar Loayza había asentado sus primeras viñas y según la sagas familiares un militar y otro sacerdote acrecentaron la propiedad Matillana. De acuerdo a los libros parroquiales (Archivo de la Catedral de Iquique) sabemos que por el año 1688 Andrés casado con Mariana Gutiérrez de Vega, tendría unos treinta años cuando confirmó a su hijo Fernando, quien fuera efectivamente hermano del sacerdote Francisco y de Joseph. A comienzo del siglo XVIII los descendientes de Fernando y Joseph ampliaron las labores viñateras al tanto que Francisco acrecentó las propiedades hasta el valle de Quillagua por el año 1718 (Villalobos, 1979). Algo antes (1713), a raíz de la visita del Corregidor de Arica, se declaró que la composición de ventas de tierras quedaban nulas en estos oasis porque los títulos entregados en 1618 habían perdido validez. Los reclamos sumaron a varias familias de hacendados que sustentaban sus patrimonios en las herencias dejadas por “padres y abuelos” (Villalobos, 1979). En el escrito de defensa se observan los roles de López de Quiroga, de la Fuente, Loayza y Valdés, de Morales, de Morsaval, de Contreras y Sarmiento, de Castro y Elgueta. Dos hijos de Andrés hacían lo suyo: Francisco y Joseph. Después, en el año 1758, otros descendientes como Ignacio Núñez vendía tierras en Matilla (Villalobos, 1979), al tanto que en el año 1789 se constatan pertenencias aguas arriba de la Botijería, porque la presión de los hacendados había llegado a su ecloición. En efecto, por el año 1770, el Cacique Gobernador de Pica don Francisco Guagamár apelaba por las tierras del Valle (Memorial referido). Tal control se plasmó a través del nuevo manejo del riego por medio de canales adecuados al cultivo de viñas, construidos por los primeros colonos del siglo XVII: “en la fundación que hicieron de este lugar y primera erección que hicieron en el pago citado de abajo” (Villalobos, 1979). Las tensiones del siglo XVII se acumularon en el XVIII y dieron el marco suficiente para que en 1771 el líder étnico Julián Ayben (Principal de Pica) pudiera difundir con cierto éxito las proclamas libertarias de Tupac Amaru. Se comentó en esta oportunidad que los “españoles estaban haciendo balas para matar a los indios”, al punto que un eclesiástico aconsejaba a los hacendados de Matilla que “tratasen de defenderse”. Durante este episodio, que terminó con la derrota del alzamiento andino, aun los líderes indios del Valle mantenían cierto prestigio político: “Los Caucoto y Puquillas (llegaron) con la novedad de que los españoles los habían sentido y que los querían matar” (Villalobos, 1979:230-231). Después de estos conflictos el dominio europeo del agua se incrementó, ampliándose la producción de viñas considerablemente. Así, la transacción de aguas de regadío pasó a ser la operación de mayor significado económico (Villalobos, 1979:99,100). A fines del siglo XVIII el Valle de Quisma y su bella Matilla era un centro vitivinícola de prestigio interregional, y por supuesto que el agua pasó a ser definitivamente de los Hacendados.

III. Vallesteros y matillanos entre la colonia y el comienzo de la república

No es difícil imaginar como tres siglos de ocupación del Valle de Quisma, por andinos, españoles, criollos, mestizos, sambos, mulatos y negros, nacidos y muertos aquí, habían enraizado a dominantes y dominados a un paisaje tutelar, con un alto sentimiento de lealtad territorial. En

verdad, se recuerda que bajo el signo de la soledad geográfica, los 13 de junio de cada año, tras la protección del Patrono San Antonio, se agolpaban todos los residentes de la tierra con los votos de gracias por la fertilidad, por el agua, en un sincretismo donde María y *Pachamama* se mezclaban como las palomas indias y europeas al estampido del campanario de Matilla.

En estos oasis comarcanos, a fines del siglo XVIII, Francisco, joven descendiente de los Núñez ancestrales y vencedores, casó con Faviana Palape, piqueña del bando de los vencidos, nacida en el año 1784, y sus ocho hijos se dispersaron por los *pagos* del Resbaladero y del Valle. Les perduraron a su vez ocho nietos: Josefa, Juan Bautista, Saturnina, Juana, Felipe, Policarpo, Enrique y Francisco, quien junto a su tía Manuela ampliaron los huertos viñateros del Valle. En verdad, Francisco Núñez Loayza conocía el misterio de los mostos y salía en las carretas con barriles y tinajas a alegrar lejanas fiestas en un mercado aún próspero. Francisco casó con Luisa Mendoza Olcay, mezclándose de nuevo las sangres criollas y mestizas, como también ocurriera con su matrimonio con María Reyes Vernal. Así, de nuevo seis hijos se multiplicaron en los oasis: María, Rosalía, Luisa, Tomás, Paula e Higinio. Ellos desde el alba *suyaban* y *lampeaban* sobre sus *camellones* o levantaban los muros de los *tajamares* contra las *avenidas* del Valle y juntos veían las *escurrajas* de los *caldos* correr por el *lagar* y esa vida campesina era bebida como una copa de una sola vez en las vendimias que consagraba el verano. En ese rincón del pueblo del Valle la familia reunida cedía el paso a esas muchachas hijas de la tierra, y que criarían allí a sus hijos de Quisma. Mujeres que conocían sus chacras, dando gracias todos los 30 de agosto a su patrona Santa Rosa de Lima, pero que tan pronto escuchaban los *cachimbos* surcaban las arenas con las polleras a ras de tierra, en los larguísimos *toreos* del violín de Francisco: por cierto esa tierra era amada.

Aún se recordaba en este siglo XIX los antiguos viajes hacia Potosí, Arequipa, Lípez, Huantajaya, Chiuchiu, Copiapó, Cobija, tras la venta de vino. Pero aún había un mercado regional que sustentaba la sobrevivencia de las viñas, aunque ya los *lagares* se habían reducido, y por cierto, no existía el flujo de la plata de Huantajaya. Testigos de un esplendor recién pasado estaban allí en Matilla los lagares de don Dionisio Loayza, aquellos que concentraron las más grandes *cuadrillas* en las haciendas del Sauque y San Isidro. No obstante, Francisco y los suyos hacían lo único que sabían hacer, porque siempre esa tierra los mantenía en la gran casa tutelar, junto a un pasado que les era propio.

Era una labor cansina donde se esperaba el crecimiento de las parras por tres años para cosecharlas en febrero, aunque en mayo y junio se recogía aquella destinada al oporto generoso. Desde las plantaciones se cargaba la uva en cestos hechos de los totorales que crecían en torno a los manantiales. Los racimos se colocaban entre esteras de tal manera que por su propio peso escurría el primer caldo o *lagrimilla*. Estas sagas recuerdan que Francisco organizaba la *pisa* con *cuadrillas* que se sometían a las órdenes de un ingenioso *Guayruru*, quien con una vara de granado en mano, improvisaba los versos y cantos del *lagar*. Comenzaba con un cadencioso y suave canto del *Yajalayajai*, para apurar con *guaynito* y finalmente un ritmo *brincador* que aceleraba el escurrimiento y las caídas de aquellos que no se tomaban de las manos.

Era sólo un día de fiesta plena, en donde toda la tradición Valletera salía también a borbotones, como los *caldos* del *lagar* a la *piquera* menor, acumulándose una gruesa masa que se rodeaba con *cimba* de paja trenzada, hacia donde descendía la *viga* que, como gran palanca, apretaba hasta el *orujo*. Los *caldos* del *lagar* y de la *piquera* seguían a la *piquera* más baja, y desde aquí a las *botijas* hechas allí, en la antigua Botijería de los Morales, con sus inscripciones de santos tutelares y años coloniales. Así, a boca abierta fermentaban entre 8 a 10 días, para luego sellarlas con tiza y brea en un ritual que siempre se autoasignaba Francisco... Se debía esperar cerca de dos meses para su apertura y trasvasije en barriles, aunque antes se mantenía en *fudres* y *botijas*. Si el sello era un rito de esperanza, el *destape* y la *prueba* era el himno de la consumación que se compartía entre todos y se bebía el sueño rosado con las evocaciones hacia un mundo

colonial definitivamente ido, esta vez sin caciques, sin España, sin el vellocinio de la plata, en una más tierna humildad campesina.

En la mitad del siglo pasado estos oasis presentaban una alta productividad de parras, higueras, granados, guayabos, pacayes y verduras, en su mismo orden (Puelma, 1855). La orientación viñera era un legado colonial que trataba de abrirse paso en una nueva dimensión económica y política. Así, este vino generoso y premiado sobrevivió hasta comienzos del presente siglo cuando debió competir con los mercados vitivinícolas del centro de Chile. Tal visión empresarial rica en posibilidades fue coartada a raíz de que “impusieron absurdos impuestos y gabelas como las exigidas a los grandes latifundistas ricos del sur” (J. Contreras, Comunicación personal). Es claro que una vez seco el Valle, Pica pudo seguir en este destino viñatero, pero tal régimen de impuestos sólo sirvió para su gradual disminución en la medida que los frutales como naranjas, limones y mangos comenzaban a dominar el medio agrario, transitándose de un paisaje *achaparrado* con visuales horizontales de *banda a banda*, a densas arboledas como las que hoy prevalecen en San Andrés de Pica.

Aún no conocemos con rigor los índices de producción de vinos durante la Colonia, pero las cuentas de la Hacienda del Sauque de Matilla, de los antiguos Loayzas, era altamente relevante (A. Loayza, Comunicación personal). Sin embargo, si sabemos lo que ocurrió hacia el año 1876, a través de la Matrícula Rústica de la Provincia Litoral de Tarapacá (Archivo del autor), donde se observa que mientras existían 56 propietarios en Pica, 46 lo eran del Valle y Matilla. El valor total de los predios piqueños era de \$ 85.270, al tanto que vallesteros y matillanos presentaban un valor total aun levemente superior del orden de los \$ 85.500, distribuidos entre las siguientes familias: Morales, Bustos, Loayza, Olazabal, Zavala, Riveros, Hidalgo, Albarracín, Velázquez, Núñez, Vejarano, Cáceres, Marquesado, Miranda, Mendizabal, Castro, Robles, Ramírez y Palacios, en su mayoría descendientes de los colonos españoles. Otras familias como Caucoto, Quisucala, Guagama, Capetillo, Olcay Mollo, Cayo Choque y Alache, provenían algunos de prestigiosos linajes andinos (antiguos caciques). De esta manera, queda fuera de duda que la tierra del Valle de Quisma, a juzgar por el valor de la propiedad, era comparativamente algo más rica en relación a la piqueña que hoy le sobrevive. Más tarde, por el año 1921 (Ojeda, 1945) los ingresos percibidos entre el Valle y Matilla alcanzaron la cifra de \$ 3.807.500, a raíz de una alta productividad: existían 39.700 plantas frutales. Estas se distribuían en 32.000 parras, 2.200 naranjos, 1.200 granados, 1.500 guayabos y otros rubros menores. Nadie podría negar que este Valle, sometido a tecnologías tradicionales, había alcanzado una expectante situación a nivel de comercialización, dentro del resto de los valles del desierto chileno.

IV. Los preámbulos de la expropiación

El territorio salitrero donde Iquique era su puerta principal, éste, carecía de agua local y precisamente allí se concentraban las principales operaciones económicas y una creciente densidad poblacional. Hacia el año 1913 el servicio de Agua Potable pertenecía a la Compañía *The Tarapacá Water Works*, agencia inglesa que al comprar las aguas de la Galería El Carmen de Pica, secó un *pukio*, y por lo tanto disminuyó algo la producción del oasis, pero no afectó por su bajo monto a ningún asentamiento, ya que allí sólo existían algunas *chacras* y vestigios de la población prehistórica. De modo que esta Compañía trajo el modernismo a Iquique en términos de agua en casa, cuando el auge salitrero permitía tales inversiones, que dejaron de lado el funcionamiento de las plantas *resacadoras* o desalinizadoras de agua de mar y de los exóticos vaporcitos que la trasladaban de Arica, sin recordar aún las cargas en mulas desde los oasis interiores... El tendido de estas cañerías ocurrió entre 1889 a 1890, y por cierto que fue considerado “un gran adelanto”, pero por otro lado también como un gran monopolio. Un cronista iquiqueño, López Loayza (1913:223), advierte que: “Mucho se ha escrito i se ha dicho durante años i años en contra de la Cia. proveedora de agua, clamando siempre los habitantes de la ciudad por el abaratamiento de un

artículo tan necesario”. Tal régimen creó la necesidad de fiscalizar la propiedad del agua, a la par de ampliar el recurso para satisfacer urgentes requerimientos de un puerto en pleno crecimiento. Se necesitaban aguas fiscales de uno u otro modo para ofrecer una alternativa viable frente a la Cía. Inglesa. En este sentido, se entiende que en el año 1912 fuera sometido al Congreso Nacional un proyecto de ley financiado con los remates de los remanentes salitreros, para lograr una dotación de Agua Potable. El “preámbulo” puede leerse así: “En conformidad con los estudios practicados por la Dirección de Obras Públicas, declaranse de *utilidad pública* los terrenos de *propiedad particular i las aguas de la quebrada de Chintaguay* necesarias para la utilización de la obra, haciendose la *expropiación* en conformidad a la lei de 18 de junio de 1857, tomandose para determinar su valor por base el que fija *el rol de avaluos* de la contribución de haberes, sin perjuicio de las alteraciones que fueren justificados” (Archivo del autor). El proyecto es muy explícito y por cierto que el subrayado es nuestro.

Frente al triunfalismo urbano de Iquique que aspiraba a mayor higiene, alcantarillado y por qué no a “bosques y jardines para recreo” (López Loayza, *ob. cit.*) ...tal ansia de progreso dejaba fuera de acción a los rurales del Valle y Matilla. Entre 1912 a 1921 los vallerteros permanecían a la espera.

Un Memorial del Rotary Club de Iquique (1934) destinado al Presidente Arturo Alessandri Palma (Archivo del autor) ratifica la alta presión ejercida tras el abaratamiento del agua, en parte fiscal, bajo la administración de la Dirección General de Agua. Efectivamente, era una de las más caras de Chile (\$ 1,70 el m³), cuando al Sur de Copiapó fluctuaba entre los 20 a 40 cts. Debe sumarse que en esta misma época la Cía. Inglesa cobraba \$ 3 por m³, lo que significaba subsidiar a los usuarios que mayoritariamente aspiraban cambiarse hacia la red fiscal. Si bien todas las respuestas de la Dirección de Aguas eran inmediatistas, en términos de no abaratar el costo y no ampliar sus recursos sin costo social, el mismo Memorial señala alternativas como, por ejemplo, evitar el regado de calles y la reactivación del alcantarillado de la vieja red de agua salada en ese entonces no utilizada.

Aun en 1934, de acuerdo al Memorial referido, la Cía. Inglesa mantenía sus ventajas a base de su agua piqueña, pero esta vez con un triste destino: “Todavía el gobierno puede obtener de la Cia. Inglesa de Agua Potable que le vendiera, al precio de 50 cts. el agua que *arroja al mar o que bota en la pampa por falta de consumidores*, para descargar sus cañerías” (el subrayado es nuestro). Cabe señalar que en ningún caso este Memorial hace referencia a la expropiación de las aguas del Valle, puesto que enfatiza de manera muy clara la urgente protección de las labores agrarias de la provincia.

Esta atmósfera de presión hacia un rápido abaratamiento del agua potable, estimulado por los altos costos de la Cía. Inglesa, creó las condiciones favorables para una “solución” fiscal de naturaleza coyuntural, al margen de algún proyecto de largo plazo, que sabemos eran viables (Niemeyer, 1960); puesto que tanto la desviación del río Piga, como perforaciones subterráneas probaron, antes y después de la expropiación, que existían medidas más razonables. Las labores rurales del Valle quedaban expuestas a este contexto: ofertaba el agua surgente más cercana a Iquique, en consecuencia era la vía más rápida y de bajo costo para superar un clamor de proporciones.

El modernismo de Iquique se había asentado en sillas de Viena, a base de prósperos capitales multinacionales desde comienzo de siglo, de tal suerte que la tecnología inglesa había probado que era posible dotar de agua potable y aun de uso industrial a múltiples asentamientos humanos instalados en la *pampa* más estéril del mundo. Ciertamente, sus pozos o *donkey* autoabastecieron una necesidad mucho más potencial que la requerida por el puerto de Iquique, y por supuesto que nunca secaron un valle para dar vida a alguna oficina salitrera. Estos éxitos antecedieron a la expropiación de las aguas del Valle y demuestran fehacientemente que existían soluciones de alternativa.

Los trabajos fiscales siguieron este modelo en los oasis piqueños contratando expertos

Europeos entre los años 1916 a 1942. Tales perforaciones, 20 pozos en total, tuvieron éxito sólo en el sector precisamente de Chintaguay (pozo núm. 143), donde la surgencia natural facilitó el ascenso de 40 a 50 litros por segundo. La diferencia radicó en que esta agua "fiscal" no era para los agricultores del Valle, sino que se entubó allí toda la esperanza y se la condujo con otras de la pampa hacia el puerto.

V. La expropiación por fin

En el año 1921 se cumplió la ley y pagaron agua y tierra a costo de avalúo. Pero cómo pagar a esas miradas de los retoños Núñez y Morales que no entendían el por qué se debía abandonar la tierra de sus dos Franciscos. El colapso agrario fue dramático. En el año 1944 los ingresos entre vallesteros y Matillanos cayó a los \$ 708.000 porque restaban en inercia apenas 3.320 plantas frutales (Ojeda, 1945).

En el año 1921, cuando se aplicó la ley, se recuerda que vivían en el pueblo del Valle varios troncos familiares: Timoteo Saavedra, Francisco Morales, María Vera, Francisco Castro, Claudio Butrón, José Rodo, José Mariano Arias, Toribio Morales, María Manuela Guagama, Manuel Morales, Abel Palape, Víctor Palape, Gárate, Miranda y Francisco Núñez. Había llegado el momento de la última defensa y contrataron al abogado Viera Gallo, quien, a pesar de su ardoroso alegato, reconoció su fracaso. Pero todos seguían esperando alguna señal de reconsideración. Comenzaron a llegar las maquinarias fiscales de perforación, para ampliar la surgencia de la vertiente de Quisma, en lentos traslados a cargo de los grandes carreteros: Manzano, Toro y Varas. Ya en el año 1925 lo hacían en camiones que también arribaban al Alto del Valle; pero tal despliegue de tecnología no se detuvo hasta la construcción de un pequeño ferrocarril que salía de Canchones a Santa Rosita y de allí al Alto del Valle, con las tuberías. Tales faenas abrían nuevas expectativas: ¿Saldría tanta agua como para todos, iquiqueños y vallesteros? Si bien es cierto que la Administración de Alessandri Palma había decretado la confiscación del agua, ahora bajo el Gobierno del Presidente Ibáñez, algo podría ocurrir... Y así fue, el sondeo de don Ernesto Niemann, experto alemán casado con valletera de Francisco, arrojó un impresionante chorro surgente en los días mismos que don Carlos Ibáñez visitaba la obra, trayendo el júbilo y la esperanza entre almuerzos oficiales y ceremonias en torno a Chintaguay.

Sin embargo, después de las promesas, un funcionario arribó a anunciar que la medida era irreversible. De tantas familias, de las cuales no todas se han recordado, sólo tres se cancelaron de inmediato y otro tanto por parcialidad, pero en su mayoría se les sometió a un trámite dilatorio, compatible con el cansancio, y por allí alguien caducó todo reclamo. Los Miranda y Saavedra invirtieron los pagos en tierras piqueñas, el resto se erradicó en Pica, Iquique, oficinas salitreras, Chuquicamata y Matilla.

Por el año 1940 aún se aferraba a retazos de cultivos regados con *escurrajas* (aguas sobrantes) don Francisco Morales en su casa ahora aislada más abajo de la Iglesia. El digno "Puquilo", mezcla de los Morales de la Botijería y del Cacique, tenía razones étnicas para rechazar el éxodo. También Tomás Núñez, hijo de Francisco, fue otro de los últimos. Aunque el abandono fue total después de 1940, el célebre Leonardo Morales, verdadero archivo viviente de estos sucesos, siguió merodeando entre el Valle y Matilla hasta no hace un tiempo.

Cuando Francisco Morales dio su última mirada desde el Alto, el paisaje era desolador: las *escurrajas* seguían a refrescar a los pocos matillanos, Chintaguay era un enjambre de máquinas y tubos, los huertos yermos, el barrio de Huanta arriba de la Iglesia yacía abandonado, el barrio que rodeaba la iglesia destruido, las casas de los Morales en la Botijería a medio caer, la casa de los Miranda en Chintaguay levantada. La *cocha Grande* frente a la Iglesia que regaba el *altillo* o la *banda*, como la otra de la Botijería que represaba para los campos de Matilla: secas.

Todo estaba arenado, incluso aquel notable *lagar* de Huanta y por cierto también la casa y el *lagar* de Francisco Núñez, situado muy cerca de la Botijería. Esta vez ya no estaban las botijas

porque sus hijas las rescataron hacia el Resbaladero, donde permanecen conteniendo las sagas de este relato.

En el año 1962 sólo 20 familias sobrevivían en Matilla con huertos de subsistencia a raíz del rebalse de las cañerías de Chintaguay, de un mísero excedente de la galería El Sauque y de un pequeño *socavón* local para su agua de beber: humillados a un *chilin* de agua. Más arriba entre las filtraciones de Chintaguay unos cuantos mangos y el silencio.

De modo que volvió el desierto al Valle después de 1.000 años de labores agrarias, donde una copa de razas se había derramado allí para una fructificación que fue implacablemente entubada hacia Iquique, gracias a la eficiencia administrativa. Sólo así se puede explicar lo que escribió un último cronista que evocó estos hechos por el año 1970. Fue Díaz Salinas (Diario "El Tarapacá" de Iquique) quien señalara: "Lamentablemente Matilla (y el Valle) tuvo que sufrir hace varias décadas el despojo de sus aguas de regadío con lo cual la agricultura de este pequeño valle decayó totalmente... se arrancaron las vides"... Aunque en esta última década se han entregado leves cuotas de agua en el sector de Matilla, éstas no llegan a ser ni un remedo de lo que fueron estas *Haciendas* y *Chacras* en el pleno manejo de sus aguas.

VI. Corolario

Independientemente de la racionalidad de esta expropiación y aun de los factores históricos que apresuraron su iniciativa y si aún hoy los administradores del agua nos pudieran justificar esta erradicación, nos asiste la necesidad de conocer cuál fue la visión de los desarraigados de esa tierra. Viven hoy los últimos que allí nacieron y se podrían transcribir largos relatos recargados de una emoción imposible de disimular. Alguien recogerá esos testimonios. Por ahora escojo la siguiente que nos vincula con la saga familiar de este relato.

Francisco, el último tronco de los Núñez, murió en el año 1926, pero en el Valle le enseñó a su hijo Higinio los secretos de la tierra, y aunque Higinio radicaba ya en Iquique subía a las vendimias, y tantas veces llegó allí, que hasta dejó por largas temporadas a su hijo José, quien escuchó estas sagas jugando entre tantos lugares "sagrados" que le evocaban sus ancestros y bebido el último vino bajo las ramadas estivales. Al tiempo José leyó en un diario de Iquique con el estupor del mal irreparable que él ahora podía beber la dulce agua de la tierra de sus antepasados... Así, fue testigo a la edad de 21 años de cómo su familia emigró a Pica y otros al mundo de las ciudades, todos humillados por el "progreso", tratando de salvar sus tablas y enseres para un nuevo vivir lejos de lo suyo.

El terremoto de 1878 abatió las iglesias de la comarca, pero sus gentes de nuevo reconstruyeron todo. Las Ligas Patrióticas de la postguerra salitrera llenaron vapores de refugiados tarapaqueños hacia el Callao, pero vallesteros y matillanos siguieron enraizados en sus parrales. Esta expropiación fue más que todo esto para dos pueblos tan dignos que aún recuerdan en el Resbaladero y lejos de Pica esta larga saga truncada súbitamente, porque los tubos no pudieron llevarse el rechazo íntimo de quienes no tenían en ese momento la posibilidad de una defensa cierta.

Aunque los vestigios de los huertos y viviendas ya configuran restos arqueológicos, permanecía en pie sólo su iglesia y allí se congregaban cada 30 de agosto los vallesteros bajo un rito pleno de encuentro, evocación y rebeldía; pero otro temblor desmoronó este último relicto que daba vida a la muerte. No obstante, se le reconstruyó recientemente cerca de Pica, sola, siempre vallestera. Se alza como un testimonio irrenunciable de esta vieja lealtad territorial que no pudo secarse, y le recuerda a cada descendiente con sus *forasteros*, que lo ocurrido en Quisma no fue un pequeño "holocausto al progreso", a modo de un sacrificio de abnegación. Fue un acto pleno de enajenación sobre el agua surgente y más barata, que la tradición agraria la había hecho suya.

José, hijo de Higinio, había perdido una bota cuando jugaba en el Valle, un bello regalo de su tía Luisa. Solía volver a sus ruinas y tras su zapato, como si tal hallazgo le traería tanta vida

perdida; pero de tantas visitas redescubrió los trazados de la vieja casa familiar y en un memorable verano del año 1963 se la indicó a su hijo Lautaro: “Recuérdalo, aquí estaba el lagar”...

Es probable que cuando tía Luisa acudía a la fiesta de Santa Rosa, lo hacía de luto por la muerte de un pueblo, y que en su silencio allí ocultaba una singular mezcla de vergüenza y orgullo. Por mi parte, es probable que encuentre por mi oficio el bello botín extraviado de mi padre; pero si así fuera, no alcanzaría a comprender los sucesos del Valle... Si estoy cierto que también siento ahora vergüenza y orgullo al transferir públicamente a mis descendientes y amigos estos antiguos testimonios que reiteran una vez más que aquí, en el Valle de Quisma, por el año 1921 se escribió un triste epílogo para una tan rica historia de gentes comprometidas con su tierra.

Si pudiera combinar saga y ciencia tendría que terminar señalando que el episodio del Valle de Quisma no fue una radical modificación ecológica del paisaje, ni una lamentable extinción de seres que como ciertas aves deben de defenderse aunque sea a destiempo. Lo que aquí aconteció no fue más que un violento desarraigo de un asentamiento humano de su santuario agrario. Así, los funcionarios que lo decretaron, tras su eficiencia administrativa, nunca alcanzaron a imaginar siquiera que la memoria de los pueblos, por pequeños que éstos sean, no olvidan sus raíces rurales ni menos aun la lealtad a su agua natal; que aunque perdida, sigue siendo la gran patrona ausente de vallesteros y matillanos, que a pesar de todo le sobreviven y la recuerdan y aún esperan...

El Valle, vísperas de Santa Rosa (1985)

Agradecimientos

El autor agradece a sus amigos vallesteros, matillanos y piqueños por sus recuerdos que compartimos, en especial a doña Elba Morales Núñez y nuestros ancestros comunes. Sin embargo, se declara en deuda por la carencia de material gráfico, pero reconoce que no tuvo el valor de fotografiar ruinas creadas por la insensatez humana, desde la visión de los vallesteros. Pero si aún estuviera equivocado, su ánimo científico encontró por fin un límite legítimo.

Apéndice

COMISION PARLAMENTARIA encargada de estudiar las necesidades de las provincias de Tarapacá y Antofagasta

SUMARIO: Informe, Proyectos de Ley, monografías de carácter sociológico, memoriales, medidas insinuadas al Gobierno y otros antecedentes.

Vertiente de Chintaguay*

Al honorable señor Enrique Oyarzún. Presidente de la Comisión Parlamentaria:

Sabiendo que habéis venido, honorables señores, a imponeros de las quejas de todos los que se sienten oprimidos y amenazados, nos presentamos con todo respeto a solicitar vuestro providencial apoyo en asunto que, desde hace meses,

*Presentación hecha a la Comisión Parlamentaria de la Cámara de Diputados suscrita por numerosos vecinos, en que hacen algunas consideraciones sobre el proyecto de expropiación de las aguas de esta vertiente (1913).

nos trae profundamente alarmados. Nos referimos al proyecto aprobado por el Congreso de la Nación de expropiar las aguas de la vertiente de Chintaguay, con el objeto de proveer a la población de Iquique de agua potable. Como esas aguas son empleadas en su totalidad para la irrigación de Matilla y del Valle de Quisma, con una población de 600 personas, nos sentimos profundamente alarmados y positivamente amenazados en nuestra existencia; bien sabéis, honorables señores, que no hay, en toda la provincia, otro lugar en que podríamos continuar nuestras faenas de agricultura.

Nos permitimos llamar la atención de la Honorable Comisión, sobre el hecho que en toda la pampa del Tamarugal es hacadero, teniendo el capital necesario, obtener agua en abundancia, y por consiguiente la destrucción de los pueblos con sus extensos cultivos, cuyos productos son casi indispensables para la población obrera de la pampa, es del todo innecesaria.

Tenemos un concepto muy alto de la justicia de nuestros legisladores; en vuestra misión, honorables señores, vemos una prueba muy palpable de ello; con toda fe y confianza, colocamos en vuestras manos la defensa de nuestra existencia, hoy amenazada sin necesidad.

Francisco Nuñez - Manuel Morales - Lorenzo Nuñez C. - Francisco do P. Rodo - Por Ceferino Mamani, L. Nuñez C. - Florentino Morales C. - Claudio Butrón O. - Manuel Arroyo M. - Francisco Morales - Pedro 2º Villalobos - Rosario Nuñez - Petrona Palacios - Mariano H. Arias - Candelaria Zúñiga - Regina Zúñiga - Eulalia V. de Arias - Manuel Mamani Palacios - Rosa G. de Mamani - Eladio Arias - Manuela R. de Arias - Timoteo S. Nuñez - Merejilán Morales - Esperidián Saavedra - Magdalena H. de Visentelo - Antonino Morales - Venancio Miles - Francisco Castro - Ciriaca P. de Gutiérrez - Abel Palape Castro - Manuela Palape - Guillermo Santana - Donato Gutiérrez - Manuela Visentelo - María A. de Palacios - Carmen B. v. de Cayo - Juan Palacios - Adrier Amos - Celedonio Soria - Fortunato Soria - Francisco Castro - Gavino Zamora C. - Rosa v. de Cautín - Julián García - Mariano Castro - María C. Palape - Gumersindo Castro - Manuel Castro - María C. v. de Mamani - Inocencio Mamani - Manuel Mamani - Alfredo Mamani - Mercedes Mamani - Jerónimo Mamani - Valentina M. de Melgarejo - Inocencia Jiménez - Demetrio Jiménez - María Jiménez - Ponciano Morales - Mariano Pimez - Félix Pimez - Domingo Jiménez - Rosa V. de Jiménez - Petrona Cáceres - Manuel M. Gallardo - Gregorio Galeya - Benita de Morales - José Enriquez - Silverio Morales - José F. Rodo - María C. Rodo - Angela Rodo - R. Miranda - Eulogia Morales - Juan Morales - Félix Morales - Petronila Morales - Julián Morales - Antonia Morales - María M. Guagama - María Morales - Miguel M. Guagama - Josefa Ríos v. de Morales - Josefa Palape - Claudio Olcay - Isabel C. de Olcay - Clara Olcay - Merardo Gómez C. - Antonia Cayo - Rosa Copa - Gerónimo Copa - Eduvigis A. de Palape - Pascual Palape - Víctor M. Palape - Arcolina C. de Palape - María N.C. de Palacios - Manuel F. Palacios - Georgina Palape - Eulalia Palape - Jacobo Palape - Leandro Palape - Carmen de Palape - Fidel Palape - Germán 2º Gómez - Benito Castros - Juan M. Miranda C. - Victoria Miranda C. - María P. Miranda C. - Roberta Miranda C. - Fernando G. Miranda - Francisca Moregón - Francisco Palacios - Gertrudis Castro de Palacios - Gertrudis Maita - Serafina S. v. de Alache - Leonidas Alache S. - Juana Alache S. - Luisa Alache - Ignacia Alache - Asunción Alache - Mariano Alache - Antonio Alache - Prudencio Alache - Antonio Gómez - Adolfo Amas - Carlos Palape - Bartolo Cayo - Isabel C. v. de Amas - Asencio Cayo - Manuel Gómez - Mariano Palape - Sixto Chamaca - Lorenza de Palape - Nicanor Mayuri - Mariano Cáceres - Victorio Cáceres - Teodosia N. de Cáceres - Salomé Cáceres - Prima Cáceres - Víctor Cáceres - Luisa M. de Nuñez - Tomás Nuñez - Rosalía Nuñez M. - Pabla Nuñez - Eulalia Morales - Emilio Cayo - Aurora C. Nuñez - Andrea M. v. de Gárate - Julia Gárate v. de Morales - Primitiva Gárate - R. Morales C. - Felisa M. de Morales - María S.N. de Butrón - María O. v. de Pérez - Francisca Morales - Tomasa Cayo.

Post Escritum: Este documento inapreciable lo recibimos del profesor, señor Alfredo Loayza cuando se imprimía el artículo. (El autor).

BIBLIOGRAFIA

- ADVIS, P. : Arquitectura e historia de los oasis de Pica (*Manuscrito*).
Ms.
- Anónimo : Matrícula de predios rústicos de la provincia de Tarapacá. (*Manuscrito*).
1876
- Anónimo : Memorial que el Rotary Club de Iquique eleva respetuosamente a la consideración del Excmo. Señor Presidente de la República Don Arturo Alessandri Palma, sobre las necesidades de la provincia de Tarapacá. (*Mecanografiado*).
1934
- BERMUDEZ, O. : Pica en el siglo XVIII. Estructura económica y social. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Núm. 141, pp. 6-56, Santiago de Chile.
1973
- GALLI, C. y R.J. DINGMAN : Cuadrángulos Pica, Alca, Matilla y Chacarilla. *Carta geológica de Chile*, Vol. III, Núm. 2, 3, 4 y 5. Instituto de Investigaciones Geológicas, Santiago de Chile.
1962

- LOPEZ LOAYZA, F.
1913 : *La provincia de Tarapacá*. Editor Edw. E. Muecke, Iquique, Chile.
- NIEMEYER, H.
1959 : Excavaciones en Pica (provincia de Tarapacá). *Publicación del Museo Arqueológico de La Serena*. Núm. 10, pp. 59-68, La Serena, Chile.
1960 : *Estudio de desviación del río Piga (provincia de Tarapacá)*. Dirección de Riego (MOP), Santiago de Chile.
- NUÑEZ, L.
1968 : Subárea Loa-Costa Chilena desde Copiapó a Pisagua. *Actas del xxxvii Congreso Internacional de Americanistas*. Vol. II, pp. 145-182 (1966), Buenos Aires, Argentina.
Ms. : Comunidades campesinas prehistóricas de los oasis de Pica. (*Monografía en elaboración*).
- OJEDA, S.
1945 : Regadío de Matilla. (*Mecanografiado*). Ministerio de Obras Públicas, t-441, Santiago de Chile.
- PUELMA, R.
1855 : Apuntes geológicos i geográficos sobre la provincia de Tarapacá en el Perú, acompañados de una lijera noticia sobre la explotación del nitrato de soda. *Anales de la Universidad de Chile*, pp. 667-673, Santiago de Chile.
- VILLALOBOS, S.
1979 : *La economía de un desierto. Tarapacá durante la colonia*. Ediciones Nueva Universidad, Santiago de Chile.
- ZLATAR, V.
1984 : *Cementerio prehispánico Pica-8*. Universidad de Antofagasta, Chile.